

Mario Alejandro Ciruzzi

Cuando desde la dirección de la *Revista* de la Sociedad me llegó el pedido del Dr. Doval para que escribiera una nota –como amigo personal– sobre Mario Ciruzzi, esto me produjo una emoción intensa. Lo pensé y acepté hacerlo para ocuparme, principalmente, del aspecto humano y personal de Mario.

Con Mario nos conocimos, en el marco de la SAC, cuando se fundó el Consejo de Epidemiología y Prevención Cardiovascular, en agosto de 1983. Mario asistió a una de las primeras reuniones en representación del Servicio de Cardiología de su Hospital (el Pirovano). Desde esos momentos comenzamos a vivir, junto con el Dr. Roloznik, la Dra. Pramparo y el Dr. Ardariz (cardiólogo muy joven del Hospital Militar, fallecido al poco tiempo), la gestación de esta nueva instancia de la Sociedad Argentina de Cardiología y también de nuestras vidas, pues iniciábamos una tarea profesional dentro de una subespecialidad, hasta entonces muy poco desarrollada en nuestro país (el Dr. Neuman y su esposa eran unos de los pocos que hablaban en esa época de los factores de riesgo cardiovascular).

Con Mario, desde el primer momento, creamos una corriente de afecto, cooperación, entendimiento y amistad que nos acompañó siempre. Esto también incluyó a Kathy Pramparo y al Dr. Rozlosnik; juntos constituimos el núcleo original. Una de las consignas del grupo, que Mario siempre apoyó con entusiasmo, fue la de actuar democráticamente, con honestidad y rigor científico, dejando de lado competitividades personales. Desde el inicio, Mario demostró gran interés por los aspectos metodológicos y estadísticos con una actitud desmitificadora y generosa para que el conocimiento se difundiera a todos los que nos rodeaban. Unos años más tarde conocimos en Buenos Aires al Dr. Gianni Tognoni y entablamos una profunda amistad que hasta hoy perdura. Él se interesó mucho por nuestros proyectos y nos invitó a enviar a alguien a capacitarse en el Instituto Mario Negri de Milán. Nosotros elegimos a Mario y yo se lo comuniqué personalmente. Recuerdo su emoción y expectativas de ese momento. Su única traba era el alejamiento de su familia, pero también pensó que este viaje podía ser un hito en su vida personal. Yo estaba muy convencido de las bondades de este viaje para el grupo y para Mario personalmente, por lo que lo estimulé a hacerlo. Corría el año 1991. Estuvo varios meses en Italia y nos comunicábamos frecuentemente por teléfono o correo. Mario estaba deslumbrado por la adquisición del conocimiento, por su crecimiento personal y por el excelente trato que recibía.

Volvió del viaje y comenzó con su intenso trabajo en nuestro Consejo con todas las iniciativas que desarrollamos y que generaron nuestro crecimiento y difusión. Inicialmente fueron trabajos menores hasta que llevamos adelante el estudio FRICAS, que fue tan bien acogido y publicado en revistas del país e internacionales. Esto generó en todos nosotros un gran estímulo, que se acrecentó con las invitaciones y las presentaciones en diversos eventos en el país y en el exterior.

En esos viajes, la mayoría de las veces íbamos solos, lo cual favorecía mucho la comunicación personal. Así Mario me contaba su trabajo médico en la zona de La Matanza y en el hospital; Mario tenía una gran sensibilidad e identificación con sus pacientes y sus vicisitudes, la mayoría de las veces causadas por las precarias condiciones de vida.

Habían fallecido sus padres y a Mario le tocó desmontar la casa familiar. Un viejo caserón en el barrio de Constitución. Cada vez que volvía de hacerlo no faltaba su comentario pleno de melancolía y tristeza.

Por aquella época nos reuníamos casi semanalmente, alternando entre la Biblioteca de la SAC y mi despacho en el Hospital Italiano donde Mario, casi invariablemente al llegar, me hacía algún chiste o comentario sobre mi afición al club Boca Juniors, del que había todo tipo de insignias en las paredes de mi oficina.

Hablábamos mucho de fútbol (él era hincha de San Lorenzo) y gozaba su “paternidad” sobre Boca, cosa que nunca olvidaba recordarme.

Unos años más tarde vivimos un período de trabajo intenso y de convivencia que fue cuando hicimos el protocolo del estudio PRESEA. Nos reuníamos Mario, Kathy y yo horas y horas en el bar El Atlántico en la esquina de Potosí y Gascón, al lado del Hospital Italiano. Comíamos, discutíamos, tomábamos café, armábamos y desarmábamos la ficha del PRESEA, establecíamos la red de los Centros, imaginábamos las vicisitudes y los éxitos, nos reíamos, contábamos cuentos y chimentos, planeábamos viajes. Nos quedábamos hasta muy tarde y el mozo –Eloy, un personaje– cerraba la puerta tras nosotros. Fue una época inolvidable, en la que nuestra imaginación nos impulsaba al trabajo, a la actitud creativa, a la alegría de vivir.

Apenas vuelto de la Conferencia Internacional de Cardiología Preventiva en Osaka (Japón), en mayo de 2001, donde Mario había presentado el estudio PRESEA, me relató haber tenido lo que fue la primera manifestación de su enfermedad. Al poco tiempo fue operado.

Cursó, desde entonces, con una primera etapa de relativa bonanza que le permitió desplegar sus actividades casi normalmente. Sin embargo, los tratamientos que cumplió con extrema rigurosidad requerían mucho de él. Comencé desde entonces a conocer un nuevo e inimaginable Mario para mí: una persona de una enorme entereza para soportar el dolor, de una admirable perseverancia para luchar por vivir y de una inquebrantable voluntad por mantener la esperanza.

Y cuando, finalmente, ya todo se veía perdido y su lucidez le permitía darse cuenta de ello, tuvo la hombría de esperar el final en paz, sereno y tranquilo, rodeado y cubierto por Mónica y su hija, tan joven para tanta tristeza.

Querido Mario, un abrazo grandote... como siempre... como la última vez.

Herman Schagrodsky